

La muchacha seguía sintiendo escalofríos. Las cobijas eran demasiado delgadas y además estaban frías. Empezó a congelarse. Hecha un ovillo maldijo en silencio a Eloy. Él era el único culpable de lo que le estaba sucediendo. Nunca podría olvidar la boda de Maritza y Alfonso: había sido la gloria y el infierno. Todo en el mismo día.

—A ver, levántate para ponerte esto —dijo la anciana cuando regresó.

Con mucho trabajo Gina se sentó en la cama y se dejó poner una amplia camisola. Al írsela acomodando, la mujer sintió la piel de la muchacha.

—¡Estás ardiendo! —exclamó, y volvió a salir; esta vez a toda prisa.

Hasta entonces Gina notó que la voz de su mamá sonaba extraña, como si estuviese ronca. Aunque lo que más le llamaba la atención era que no le preguntara nada sobre lo que le había sucedido. ¿Por qué no le daba razones de Armando, Ricardo y su padre? ¿Qué estaba pasando?

La energía eléctrica regresó. Al ver que había luz afuera en el pasillo, Gina extendió el brazo para encender la lámpara de su buró pero esta no estaba. Entonces se levantó para activar el interruptor de la pared. Y lo que vio a su alrededor la dejó con la boca abierta.

—¡Mamá! —dijo asustada.

Al fondo estaba una enorme foto suya con Enrique Guzmán. No recordaba cuándo se la habían tomado, y lo más extraño era que estaba amarillenta y opaca, como si llevase mucho tiempo en ese sitio, desgastándose por los rayos del sol. Lo mismo había sucedido con varios reconocimientos académicos, y su retrato con el diploma del Centro Normal Regional, donde indicaba que había sido coronada reina en 1965. ¿Por qué ambos marcos estaban totalmente estropeados?

Sin llamar a la puerta apareció una somnolienta jovencita espigada que tenía solo dos años más que ella. Era delgada, de grandes ojos cafés y cabello castaño con las puntas moradas que caía sobre sus hombros. Vestía una colorida pijama y unas enormes pantuflas peludas, de algo que parecían ser unos osos grises. En sus brazos sostenía un cobertor.

—¿Se puede saber quién eres tú? —le preguntó Gina.

—Me llamo Susana, pero todos me dicen Susy —respondió, al entregarle la manta.

—¿Susy? No te conozco. ¿Qué haces aquí?

—Ahorita viene mi abuelita.

—¿Y quién es tu abuelita?

Susy examinó con atención a la desconocida y la comparó con la joven del viejo retrato, donde aparecía sonriente al lado de un famoso cantante de los años sesenta del siglo pasado. Quedó impresionada; eran idénticas.

—Te hice una pregunta —insistió Gina—. ¿Por qué no me contestas?

La anciana reapareció en la habitación, acompañada de Giovanni, el muchacho que había salido a recibirla. Rondaba los veinte años, alto y flaquísimo; llevaba el cabello largo, con tatuajes en ambos antebrazos y un *piercing* en una ceja. Su aspecto llamó la atención de la recién llegada que lo contempló llena de admiración.

—¿Quiénes son estas personas, mamá?

—¿Mamá? —preguntó Giovanni.

—Gina. Yo no soy tu mamá.

—¿Qué dices? ¿Cómo que no eres mi mamá?

—Obsérvame bien.

Gina se acercó para verla de cerca. Horrorizada comprobó que esa mujer era demasiado parecida a doña Tere, pero no era ella.

—Entonces ¿quién eres?

La mujer se mordió los labios para atreverse a decirle:

—Soy Blanca; Blanca, tu hermana.

Gina sintió que estaba viviendo una auténtica pesadilla.

—Soy tu hermana. De veras.

—¡No! ¡No! —dijo angustiada, moviendo la cabeza de un lado a otro, sin importarle el dolor en el cuello—. Algo anda mal. ¡Algo anda mal!

Viendo su desesperación, Blanca la tomó con delicadeza de los hombros y la condujo a la cama. También para ella era una verdadera locura lo que sucedía. Nadie la podría hacer dudar: esa muchacha que tenía enfrente era su hermana Georgina.

—¡Hay que llamar al Dr. Mendoza, Susy! —exclamó asustado el muchacho.

—¿A esta hora? ¿Estás loco, Giovanni?

—¡Haz lo que te digo!

—Sí, por favor —murmuró Blanca.

Lanzando una maldición, Susy salió en busca de su celular. El Dr. Marcos Mendoza era un viejo médico jubilado y amigo de la familia. Vivía cerca. Se limitaba a dar consultas a domicilio, y aunque era evidente que ya no se actualizaba, seguía siendo efectivo, sobre todo tratándose de enfermedades comunes.

Incapaz de contenerse, Gina se levantó decidida a marcharse. No deseaba permanecer ni un minuto más en esa casa. Esa mujer no podía ser su hermana. Su hermanita era una niña de doce años, no una anciana.

—¡Deme mis ropas! No pienso quedarme.

—¿Qué dices?

—Quiero irme.

Susy regresó y al ver a Gina tan alterada se limitó a decir:

—Dice el doctor que viene en unos minutos.

Eladio quedó atónito. No daba crédito a lo que sus ojos también veían. Allí, a unos veinte metros a un lado de la oficina, en el predio donde planeaban la construcción de la empacadora, iluminado por las lámparas led que cercaban la totalidad del terreno, se hallaba un enorme kiosco de diseño antiguo, fabricado con fina herrería, de largos pilares verticales, coronado por perfectos triángulos que a su vez sostenían una cubierta alargada hacia el cielo. Sobre el centro del techo había una esfera también metálica que servía de base a un alargado y delgado punzón. Destacaban las dos escalinatas con pequeños peldaños que permitían su ingreso al interior, los cuales estaban contruidos de cantería.

—¿Cómo llegó eso hasta aquí? —preguntó a Bernardo.

—Eso es lo que yo quisiera saber.

Ni los hermanos Sepúlveda ni los muchachos se atrevieron a acercarse. Había algo en esa construcción que despertaba desconfianza. Tal vez se debía al color grisáceo que entre las sombras lo hacía lucir demasiado tétrico, o era el estilo francés que lo exhibía como una vetusta imagen arrancada de un maltratado álbum fotográfico. Estaba en ese sitio sin más explicaciones lógicas, abatiendo por igual plantas, arbustos y árboles pequeños. Era un enigma la forma en que había llegado, «porque no pudo haber caído del cielo», pensó Eladio.

—Vayan a su lugar de trabajo, por favor —les ordenó Bernardo a sus empleados, sin perder el tono autoritario como patrón—. Ya deben de estar llegando sus compañeros.

Por un buen rato permanecieron mojándose, hechizados por el kiosco. Les provocaba miedo y al mismo tiempo los tenía fascinados. Insistían en creer que su llegada debía tener una razón. El problema era que no tenían idea de quién o quiénes podrían ser los responsables, si es que los hubiera en verdad.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Eladio, interrumpiendo el suave murmullo de la lluvia.

Los dos se sentían muy orgullosos de su propiedad. El secreto de su éxito radicaba en las estrictas medidas de calidad en sus productos, y dicha calidad comprendía insumos agrícolas de costos elevados y la asesoría constante del Dr. Pablo Rodríguez, un cubano exiliado que estaba al pendiente del clima y de cada fase de lo que allí se sembraba. Su doctorado en Agronomía en la Universidad de Kiev lo distinguía como uno de los mejores de la región; y aunque en un principio había trabajado para el gobierno estatal, prefería ser independiente y escoger los proyectos que mejor le convenían, como por ejemplo los planes que tenían los hermanos Sepúlveda. Primero: construir una nueva empacadora. Y segundo: industrializar los productos en salsas, mermeladas y dulces en conserva para su exportación. Todo eso, en un plazo no mayor de tres años.

Todavía bostezando, antes de bajarse, Bernardo guardó su celular en el bolso interior de su gruesa chamarra y se echó encima la manga. Sus botas de hule se hundieron en un hoyo encenegado. Soltó una maldición y emprendió la marcha, pero en vez de ir a la zona de los invernaderos, se encaminó a la oficina para cambiarse de ropas. Su hermano se encargaría de cerrar la camioneta y de seguirlo.

Ambos eran egresados de la Universidad Autónoma de Chapingo, y se esmeraban por ser también parte activa de su empresa. Bernardo tenía treinta y dos años y Eladio veintinueve. Más que soñadores, eran un par de optimistas que habían invertido casi la totalidad de la herencia de su abuelo en lo que llamaban la Aventura Invernal.

Entretenido con los cordones de la capucha de su manga, Eladio avanzó confiado por la pendiente que conducía hasta la oficina de la empresa. Y de no ser porque levantó la vista, se detuvo antes de impactarse con la espalda de Bernardo, quien permanecía estático, al igual que tres jóvenes trabajadores.

—No sé. Pero esto no es normal. Ayer me fui después de las nueve de la noche y no estaba.

—¿Crees que alguien lo haya traído?

—Nicolás dice que lo vieron al llegar, unos cinco minutos antes que nosotros.

—Y a todo esto, ¿dónde está don Gaby? Él debe saber algo; es el velador.

—No se ve por ningún lado. Háblale a su celular.

—¿Ese viejo tiene celular?

Bernardo se sorprendió.

—¿Nunca le has hablado?

—La verdad que no. Pero creo que debemos ir a la oficina. Si nos seguimos mojando terminaremos enfermos.

—Primero llámalo —dijo entregándole su teléfono.

—Sí, sí, claro —dijo Eladio.

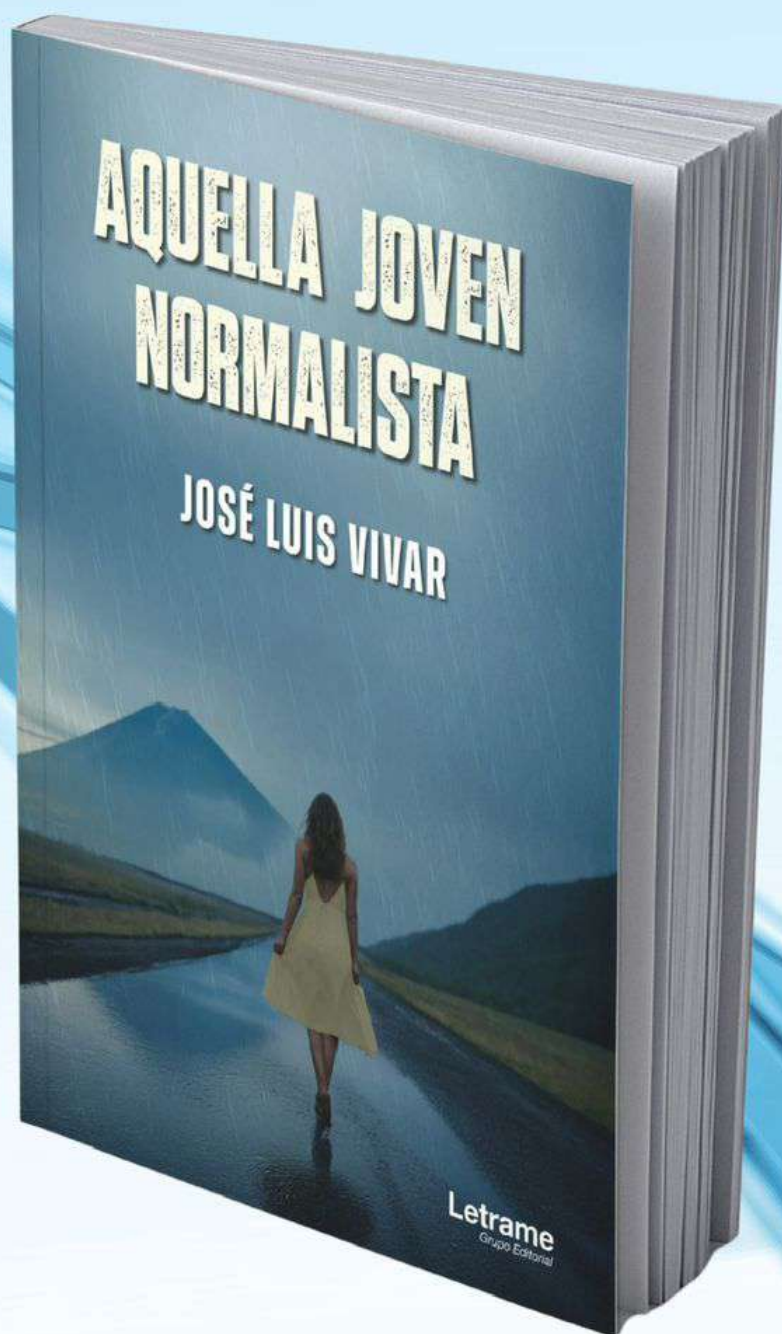
Observando el kiosco, vinieron a la mente de Bernardo los recuerdos. Fueron como una revelación. Contrastó aquella imagen que permanecía en el olvido con lo que tenía frente a ellos. ¿Sería posible que se tratara de la misma construcción? Algo había sucedido, porque no podía tratarse de una simple casualidad.

—¿Nunca has visto una foto de los abuelos donde están mordisqueando un algodón de azúcar? A sus espaldas se ve un kiosco.

—Creo que sí —respondió Eladio, esperando que entrara la llamada. Conocía a don Gaby. Era un viejo irresponsable y labioso. Desde un principio no le agradó. Y dos veces quiso despedirlo por respondón, pero su hermano le tenía aprecio y confiaba en él.

—¿La recuerdas o no?

—Me parece que... —Lo que menos le interesaba en ese momento era recordar imágenes familiares—. No. No la recuerdo.



Ya a la venta

Letrame
Grupo Editorial